

Eugenio Orrego V.

## En torno a Pascal

### VIII



N verdad es difícil, si no imposible, extraer en unas cuantas páginas el sentido hondo de los razonamientos religiosos de Pascal. Hay que leerlos con detención, hay que meditarlos con humildad, y pensar, en todo caso, que para rebatir el pensamiento de un cerebro tan alto no basta el triste bagaje de nuestra cultura media. El trato de los filósofos es difícil y raro de suyo, pocos lo frecuentan, y menor aún es el número de los que llegan a entender algo. ¿Cuántos, por ejemplo, han leído en su texto íntegro *El Capital* de Marx? ¿Cuántos pueden sinceramente estar ciertos de haberlo comprendido? El hombre suple su ignorancia con estallidos de ciega soberbia o se somete sin discernimiento al dictado de las corrientes dominadoras. Sufre y anhela mejorar; lucha y pasa por la vida sin percibir de qué ha vivido. La actitud del hombre-masa debe acordarse fatalmente a razones que no brotan de la razón sino del sentimiento, pero la actitud del hombre intelectual debe ser otra: escrutar, estudiar, comparar, y no encastillarse jamás en una actitud de definida negación, porque somos de naturaleza cambiantes y nuestro paso por la vida está condicionado por factores que escapan a nuestro control. Una sola cosa puede y debe reunir a todos los hombres de buena voluntad, sea cual fuere su tienda política y su doctrina religiosa, si

hay sinceridad de ánimo y fuerza para superar los propios egoísmos: el propósito común de trabajar por el mejoramiento material de la colectividad humana, por su culturación, por la conquista de una democracia real en que nadie tenga hambre y el pan del espíritu y la libertad de pensar, de amar y de creer a todos estén asegurados.

El pensamiento de Pascal discurre por los campos de la ética, de la psicología, de la filosofía pura, con una lucidez que iguala su profundidad. Pueden discutirse sus opiniones, afirmarlas o invalidarlas desde ángulos distintos, según sea la fuerza mental del crítico y su propio fruto, pero no cabe sino acercarse con asombro y respeto a la cosecha de su extraordinario cerebro y de su espíritu altísimo.

A manera de florilegio rápido, apuntemos algunos pensamientos del maestro francés, valga decir universal, porque las ideas y las almas grandes no tienen fronteras:

«La justicia y la verdad son dos puntos tan sutiles que nuestros instrumentos están demasiado embotados para poder acertarles exactamente».

«Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, toda la faz del mundo hubiese cambiado».

«La vida es un sueño un poco menos inconstante».

«Las ciencias tienen dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia natural en que se encuentran todos los hombres cuando nacen; la otra extremidad es aquella a que llegan las grandes almas, cuando, habiendo recorrido todo aquello que los hombres pueden saber, encuentran que no saben nada y se hallan en la misma ignorancia de donde partieron. Pero esta es una docta ignorancia, que se conoce. Aquellos de entre ellos que han salido de la ignorancia natural, y no han podido llegar a la otra, tienen alguna tintura de ciencia suficiente y forman la clase de los entendidos».

«Condición del hombre: inconstancia, fastidio, inquietud».

«Que cada cual examine sus pensamientos, y los encontrará

siempre ocupados en lo pasado o en lo porvenir. Casi no pensamos en lo presente; y si pensamos, es solamente para tomar de él claridades para ordenar el porvenir. Así no vivimos jamás, pero esperamos vivir; y disponiéndonos siempre a ser dichosos, es inevitable que no lo seamos nunca».

«Como la moda hace cambiar el buen gusto, así hace cambiar también la justicia».

«Este perro es mío, decían estos infelices muchachos; este es mi sitio al sol; he aquí el comienzo y la imagen de la usurpación de la tierra».

«Burlarse de la filosofía, es filosofía realmente».

«En un alma grande todo es grande».

Y esta frase sobre Platón y Aristóteles: «Imaginamos de ordinario a Platón y a Aristóteles, envueltos en solemnes túnicas de pedantes. En realidad eran buena gente, y muy a la llana, y reían de buena gana con sus amigos; y, si se han divertido en fabricar leyes y política, lo han hecho en broma. Era esta la parte menos filosófica y menos seria de su vida. La más filosófica consistía en vivir simple y tranquilamente.

«Si han escrito de política, era a la manera del que dicta un reglamento para un hospital de locos; y si han tomado el aire de hablar de eso como de una cosa importante, es porque sabían que los locos a quienes hablaban se figuraban ser reyes y emperadores; y así aquellos fingían aceptar sus principios para moderar su locura en lo posible, y reducirla a un mal menor».

Tocante a su manera de contemplar la posición social del hombre, óigase esta pincelada breve, tomada de sus discursos a un príncipe joven—acaso el hijo mayor del duque de Luynes—que redactara Nicole con fidelidad a recuerdos frescos del maestro:

«Es por efecto del azar que posee usted las riquezas que se encuentran en su dominio. De usted mismo y por su naturaleza, no tiene ningún derecho a ellas. El orden, en virtud del cual esos bienes pasaron de sus antepasados a usted, es un orden de esta-

blecimiento, y de establecimiento natural. Su alma y su cuerpo son en sí mismos indiferentes al estado de barquero o de duque. Igualdad perfecta con los otros hombres, he ahí su estado natural».

## IX

El drama de Pascal—resuelto en la crisis que hemos marcado como el centro de su destino—fué su lucha entre el mundo y la fe, entre la conciliación amable de la religiosidad mundana de sus mayores y los deberes de una fe austera, en ejercicio de militancia. En esa lucha, que fué larga y más que larga intensa, en la medida de su capacidad pasional, se alteró su ánimo, sufrieron sus carnes, removiéronse desesperadamente sus entrañas, produciéndole acaso agonías de sangre. Dios o el Demonio. El mundo o la militancia activa de la fe en ejercicio de caridad cristiana. ¿Dudó de Dios alguna vez? Comentarista hay que imagina ver asomar una inquietud lacerante a través de cierta página o de tal pensamiento. Es humano que haya vacilado alguna vez y que se interrogase con el corazón en carne viva: tal vez algún grito místico traicionara el temor de una duda posible. Ahí del drama, ahí de las mortificaciones más agudas; pero la fe está en la raíz de su alma, en el fondo mismo de su cerebro, hasta en los repliegues más oscuros de su sentido matemático. La fe triunfa en él; la fe triunfó siempre.

Los últimos años, después de su lucha con los jesuitas, transcurrieron en trance de continua superación, en lucha física con la enfermedad que le minaba sordamente el organismo, y en continuo diálogo con Dios. Lo buscaba, lo servía, lo enseñaba, y al fin llegó a sentirse, como identificado con El a través del dolor y de las renunciaciones. La vida, que le fuera tan amargo ejercicio, se esmeraba en acumular torturas y pesadumbres a su paso. Y las batallas se perdían en apariencia, con derrota o extinción de cuanto amaba y le era amable. Así, en 1767, cuando

los jansenistas se vieron forzados por superior obediencia a firmar un formulario que constituía la renunciación de principios sostenidos con pasión de alma. Sor Eufemia, en el mundo Jacqueline Pascal, hubo de sucumbir al dolor de esa renunciación que a sus ojos de mística debió ser como una apostasía. Cuando se cerraron los ojos de la hermana amada, en Octubre de 1661, Pascal dijo: «¡Dios nos haga la gracia de morir tan bien»!

Pero sus convicciones seguían firmes a pesar del odio de sus perseguidores. Cuando el triunfo de ellos parecía consumado, escribió estas palabras que subrayan su fortaleza interior: «*Ad tuum, Domine Jesu, tribunal apello*»... Y al tiempo de morir, como le preguntara el sacerdote si se arrepentía de haber escrito las *Provinciales*: «Respondo, contestó, que lejos de arrepentirme, si tuviera que hacerlas, las haría más fuertes aún».

## X

Era Pascal, hemos dicho, de naturaleza profundamente mística—el mayor místico de Francia, como fuera su prosista más insigne—y de ello es constante muestra su obra y su vida. El dolor físico, continuo compañero, debía ser la nota dominante. Desde temprano fuertísimos dolores de cabeza le asaltaban casi sin tregua, como síntoma o expresión de las enfermedades que minaron su trabajada juventud, dando fin a la vida misma en lo mejor y más maduro de ella.

La actitud del filósofo frente al dolor fué de infinita grandeza. No hubo en él cobardía ni abatimiento: lo contempló primeramente como un mal necesario y en seguida como un instrumento de perfección, acabando por considerarlo a modo de un don de Dios. Cuenta madame Perier en su «*Vida de Pascal*», que este decía, cuando más fuertes eran sus dolores. «No me compadzcáis; la enfermedad es el estado natural de los cristianos, porque por ella se está como se debería estar siempre, en el sufrimiento de los males, en la privación de todos los bienes y de todos

los placeres de los sentidos y exento de todas las pasiones que nos trabajan durante el curso de la vida, sin ambición, sin avaricia, en la espera continua de la muerte. ¿No es así como los cristianos deben pasar su vida? ¿No es una gran felicidad encontrarse por necesidad en el estado en que ya se debe estar por obligación, y no teniendo para ello otra cosa que hacer sino someterse humilde y apaciblemente? Por eso ruego a Dios que me conserve esta gracia». ¿No constituye esto una suprema expresión de santidad en el sentido cristiano?

Buscaba Pascal el desasimiento de los bienes terrenales y de los afectos que hacen menos amarga la vida, pero esto último no era propiamente una negación del amor de la sangre. Acaso pensaba que todo el afecto que damos a unos pocos seres, lo quitamos a los más, defraudando de esa capacidad de afecto a los más pobres, a los más necesitados.

De los pobres solía decir: «Si yo tuviese el corazón tan pobre como el ingenio, sería bien dichoso; porque estoy maravillosamente persuadido de que la pobreza es el gran instrumento de la salvación». Y agregaba: «Siempre he notado que, por pobre que se sea, no puede uno morir sin dejar algo».

A los católicos, apegados en su inmensa masa a los bienes terrenos, como ocurre a la mayoría de los hombres, refiriéndose a la omisión de la caridad que importa en sí misma la condenación, decía que este solo pensamiento les llevaría a desnudarse de todo si realmente poseyesen la fe.

A propósito de su amor a los pobres,—que le llevó a abandonar su propia casa, en la hora última, a fin de que no llegase a sus sobrinos el contagio de un enfermo de viruela a quien había asilado, enfermo cuya vida le era más preciosa que la suya por ser pobre y desheredado,—refiere la señora Perier un diálogo cuya grandeza conmueve: Díjole un día a su hermana: «¿De qué viene que yo no haya hecho nunca nada por los pobres, a pesar de que siempre he tenido un grande amor por ellos?» Repuso la hermana: «¿Más habéis tenido, hermano mío, muchos

bienes para dar». Y contestó él: «Ya que no tenía bastantes bienes para darles, debía haberles dado al menos mi tiempo y mi trabajo; en esto he faltado; y si los médicos dicen la verdad y puedo levantarme de esta enfermedad, estoy resuelto a no tener, en el resto de mi vida, más cuidado ni más empleo que el servicio de los pobres».

Y cuando las prisas finales lo asaltaron, quiso ir a morir en los Incurables, en un hospital común de su tiempo, entre los más pobres y los más desheredados, junto a los deshechos de la vida, entre los náufragos de esta gran tempestad que es nuestro paso por el mundo. La compañía de los vencidos y de los tristes, de la extrema miseria y del máximo dolor, era el último servicio que impetraba a la piedad de los hombres.

Este santo para cuyo alto misticismo no hay paralelo en Francia, acostumbraba mortificar su carne aun más de lo que solían las dolencias habituales. No sólo no se servía de criado alguno para los menesteres más indispensables, sino que huía del regalo de la mesa, del agrado de las buenas charlas, de la peligrosa sonrisa que el ingenio estimula. Y para no ceder a la tentación más mínima, según cuenta su hermana, usaba un cinturón de hierro, erizado de puntas, sobre su carne en desnudo, «y cuando le venía algún pensamiento de vanidad o cuando encontraba algún placer en el lugar en que estaba, o cualquier otra cosa parecida, se daba con el codo para redoblar la violencia de los pinchazos, y se hacía así recordar asimismo su deber». Esta práctica la conservó hasta el último día.

En este varón excelso se juntaban, pues, las dotes del santo, del místico, del cientista, del buscador de verdades y del hombre de fe. Era un pescador de almas que había puesto en el extremo de su anzuelo, como Cristo, la sonrisa más humana. Y cuando el 19 de agosto de 1662 las sombras de la noche se espesaron junto a su lecho, acaso para que brillasen mejor las alboradas de otra vida, sus últimas palabras inteligibles fueron éstas: «¡Que Dios

no me abandone jamás!» ¿Había por ventura de abandonarlo el Dios de sus sueños? Ni Dios, ni el amor.

## XI

Fué enorme la influencia que Pascal tuvo en su siglo y en el pensamiento religioso de las centurias que siguieron. Los escritores de su tiempo, dice un crítico, o se nutrieron de su pensamiento o se sublevaron contra él.

«Como escritor—anota Boutroux—realizó una de las formas más exquisitas de la prosa francesa: un lenguaje rico aún de viejas palabras enérgicas y familiares, de términos concretos, de imágenes atrevidas, y al mismo tiempo sobrio, sencillo, preciso y claro; una sintaxis a la vez simple y rigurosamente lógica; una construcción muy libre, que admite la bella amplitud regular del período latino, pero que recoge, rompe, prolonga o alijera la frase con una holgura y un arte del todo francés. Esta forma, tan fresca en su perfección, podrá ser considerada como un modelo para los escritores del siglo XVII: pero ninguno de ellos, ni aun los más grandes, reune todas las cualidades que con tanta naturalidad ha combinado Pascal. Salvo en *La Fontaine*, el orden de la razón dejará en segundo plano el orden del corazón o de la imaginación. Y entre las formas diversas que ha presentado la lengua francesa después del siglo XVII, desde Voltaire y Rousseau hasta Chateaubriand y Víctor Hugo, no hay ninguna de la cual no se encuentren gérmenes en el estilo de Pascal».

La doctrina contenida en los *Pensamientos*, al decir del mismo ensayista, influyó en las enseñanzas de Bossuet y de Bourdalou, en los puntos de vista de Racine, de Boileau o de La Bruyere; en los sistemas de Malebranche, de Spinoza, de Leibnitz.

Ya hemos visto lo que Voltaire opinaba de *Las Provinciales*, y un poco de lo que pensaba el enciclopedista d'Alembert. Condorcet y André Chenier le admiraron, si bien lamentaban que se hubiese dejado dominar por «la superstición». Rousseau,



más tarde, subordinando también el sentimiento al razonamiento construyó una historia de la sociedad humana conforme al modelo de naturaleza que en otro terreno había formado Pascal para su historia del alma. Chateaubriand lo imagina vestido con el ropaje de su propio romanticismo y lo admira en sus vacilaciones, en sus luchas, en ese potente «Yo creo» que aun sigue resonando. Saint-Beuve, más tarde, vió a Pascal con la misma vestidura romántica, que era verlo con los ojos de su tiempo. Sólo avanzado el siglo XIX, la crítica—Sully, Prudhomme, Víctor Giraud, Edouard Droz entre otros—restableció la figura humana y real de este hombre fuera del tiempo, como ocurre al verdadero genio.

El siglo XX ha ahondado su estudio dentro del mismo camino, encontrando en él una suerte de *modernidad* que subraya, a mi entender, la magnitud de su genio literario.

«Pascal—escribe Fortunat Strowski (*Pascal et son temps*)—no es ya, para el sabio y el erudito, una alma tensa y solitaria un genio replegado en sí mismo sin deber nada sino a sí mismo. Nunca hubo hombre más alerta y más apasionado, ni con ojos más ampliamente abiertos, ni con inteligencia más comprensiva. La originalidad de Pascal no es el haberlo inventado todo solo; es haber amalgamado y combinado, con método riguroso, con don de síntesis y don de vida incomparable, lo que le venía de los cuatro ángulos del cielo».

Y así, levantando la mirada, doblando un poco la rodilla sin percibirlo, místicos y profanos, críticos, profesores y ensayistas, han ido estudiando a ese varón singular, cuya vida y cuya obra pueden caracterizarse con estas palabras: Viajó a Dios.

Santiago, octubre de 1939.